Un Belén mágico a orillas del lago

La vivienda familiar del belenista cangués Francisco Martínez abre estos días sus puertas al vecindario para exponer su nueva obra: un Belén de 23 metros cuadrados recreado a orillas de un gran lago, entorno al cual se levanta una aldea con montañas, cuevas y verdes prados. | Reportaje

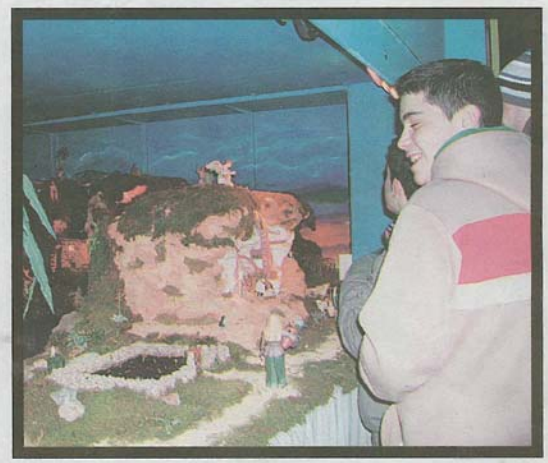
CECILIA MARTÍNEZ | **Cangas**

Las luces del alba aportan calidez y acarician el paisaje gracias a un sistema de efectos que hace alternar el día y la noche. Los gallos comienzan su canto, el viento sacude la ropa que cuelga de los tendales, los herreros trabajan en un poblado donde las farolas centellean y las ollas en ebullición avecinan sabrosos caldos mientras se espera el Nacimiento. Las montañas se elevan al final de las verdes praderas que rodean a un gran lago, de dos metros cuadrados y 300 litros de agua que baja por cascadas y se fusiona con la tierra. Mientras tanto, se descubren los secretos de las cuevas, donde los espejos reflejan pequeños poblados perdidos en el interior de las montañas.

Todos estos elementos forman parte de la infinidad de detalles que caracterizan al popular Belén al que el aficionado cangués Francisco Martínez ha dado vida nuevamente en su domicilio de la calle Berbetaña. Por tradición familiar, heredada de su padre hace 50 años, éste belenista diseña cada año una nueva obra que luego es visitada por cientos de personas , entre vecinos y foráneos.

El Belén se levanta sobre una superficie de unos 23 metros cuadrados y se compone de cerca de un centenar de figuras.

Horas, días, meses enteros se han dedicado a su creación y el resultado está a la vista de quienes lo visitan. Así lo constata Antonio, un vecino cangués y ex-aficionado a este arte, quien insiste en que se trata de un Belén en el que se ha invertido "muchísimo trabajo y tiempo, no sólo en el montaje sino también en fabricar todos los elementos que componen el diseño".



En este sentido, éste recuerda que "hacer una obra así no es sólo comprar las figuras y montarlas, sino que requiere de una elaboración y una composición, con el agravante de que es un trabajo que cada año se renueva". Y los resultados "son excelentes, magníficos, se saben conjugar las distancias, hacer lucir las figuras y se juega con las perspectivas", añade éste.

El autor, por su parte, se muestra satisfecho con su obra, a la que ha incorporado una cueva-pesebre y un nuevo poblado al borde del lago. Allí, los oficios tradicionales se dan cita con la presencia de herreros, pastores o mujeres que tejen, entre tantas de las figuras que componen el Belén. Una gran palmera, el musgo que se esparce por la aldea y una pequeña huerta con plantaciones reales de cebollas (que ya han comenzado a germinar), aportan el "verde" del paisaje, acompañado de barcas en sus muelles, truenos y la música que lo convierte en una obra mágica.